

Y encontró modo también de litigar muriendo. Habiendo llegado al fin de su vida y presentándole el confesor un crucifijo mal tallado para que lo besara, lo retiró con la mano y dijo:—*Padre, deme una cruz desnuda para que yo pueda venerar á Jesucristo como él es en sí y como yo lo contemplo en mi imaginacion.* A pesar de todo, tenía un corazón selecto, caritativo, aborrecía toda acción vulgar, y amaba con purísimo y profundo amor el arte en que se hizo inmortal... Volviendo á la iglesia. Cuando hubé dado la vuelta á todas las capillas y me disponía á salir, se me ocurrió la sospecha de que aún me quedaba alguna cosa por ver. No había leído la *gala*, ni nadie me había dicho nada: pero sentía una voz interior que me decía:—*¡Busca!*—Y buscaba en efecto con los ojos por todas partes, sin saber lo que buscaba. Un cicerone me observó, se me acercó, como hacen todos, al lado, y me preguntó con aire misterioso:

—¿Quiere Vd. algo?

—Quisiera,—respondí—que me dijese si hay algo más que ver en esta catedral, además de lo que se ve desde aquí.

—¿Cómo!—Exclamó el cicerone.—¿Todavía no ha visto Vd. la Capilla Real?

—¿Qué hay en la capilla real?

—¿Qué hay? ¡Caramba! Nada ménos que los sepulcros de Fernando é Isabel la católica!

—¡No decía yo! Tenía en la imaginación el sitio preparado para esta idea, y la idea no existía! Los reyes católicos debían naturalmente estar enterrados en Granada, donde combatieron la última gran guer-

ra caballeresca de la Edad Media y donde dieron á Cristóbal Colón el encargo de armar los navíos que lo condujeron al Nuevo Mundo. Corrí más que anduve, la capilla real, precedido del cicerone cojo: un viejo sacristan nos abrió la puerta de la sacristía, y me condujo delante de una especie de armario de cristales lleno de objetos preciosos y me dijo:

—Vd. sabrá que Isabel la Católica á fin de dar á Cristóbal Colón el dinero que necesitaba para armar los navíos del gran viaje, no sabiendo dónde encontrarlo, porque las cajas del Estado estaban vacías, empeñó sus joyas.

—Sí: ¿y bien?...—pregunté con ímpetu; y previendo la contestación, sentí que el corazón me latía.

—Pues bien—respondió el sacristan;—la caja en la cual encerró la reina sus joyas para empeñarlas, es esta.

—Y diciendo así, abrió el armario, tomó la caja, y me la dió.

—¡Oh! ¡digan lo que quieran los hombres fuertes; para mí, son estas cosas que me hacen temblar y llorar! ¡Yo he tocado la caja que contuvo los tesoros por los cuales Colón pudo descubrir la América! ¡Cada vez que repito estas palabras, la sangre se me revuelve! Y añado:—La he tocado con esta mano,—y me guardo la mano.

Aquel armario contiene además la espada del rey Fernando, la corona y el cetro de Isabel, un misal y muchos adornos del rey y de la reina.

Entramos en la capilla; entre el altar y una gran

reja de hierro que lo separa del espacio restante, delante de dos grandes mausoleos de mármol adornados de estatuillas y de bajo-relieves de gran precio sobre cada uno de los cuales están extendidas las estatuas de Fernando y de Isabel, vestidos con sus trajes reales, con corona, espada y cetro; sobre otros, las estatuas de otros dos príncipes de España, y alrededor de las estatuas, leones, ángeles, armas y adornos variados, que presentan un aspecto realmente austero y magnífico. El sacristan encendió una luz y señalándome una especie de trampa situada en direccion de la crujía que separa los dos mausoleos, me rogó que levantara la puerta para bajar al subterráneo. El *cicerone* me ayudó; descubrimos la trampa; el sacristan bajó y yo detrás por una escalerilla angosta, hasta una pequeña estancia subterránea, en la cual había cinco cajas de plomo cubiertas de hierro; cada una marcada con dos iniciales con una corona encima. El sacristan bajó la luz, y tocándolas con la mano, una despues de otra, las cinco, me dijo con voz lenta y solemne:

—Aquí reposa la gran reina Isabel la Católica.—Aquí descansa el gran rey Fernando V.—Aquí yace el rey Felipe I.—Aquí duerme la reina Juana la Loca.—Aquí, doña María, su hija, muerta á la edad de nueve años.—Dios los tenga á todos en su santa paz.

Y poniendo el candelero en el suelo cruzó los brazos y cerró los ojos como para darme tiempo de hacer mis meditaciones. Sería preciso quedarse jorobado sobre la mesa, para describir todos los monumen-

tos religiosos de Granada, la estupenda Cartuja, el Monte-Santo que encierra la gruta de los mártires, la iglesia de San Jerónimo donde está enterrado el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, el convento de Santo Domingo fundado por el inquisidor Torquemada, el del Angel que contiene pinturas de Cano y de Murillo y otros muchos; pero yo supongo que el que lee está ya bastante cansado de mí, y por eso le hago gracia de un monton de descripciones que probablemente no le darian sino una idea bastante confusa de las cosas. Mas ya que he nombrado el sepulcro del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, no puedo ménos de traducir un curioso documento que á él se refiere y que me fué dado precisamente en la iglesia de San Jerónimo por un sacristan admirador de las proezas de aquel héroe.

El documento está redactado á modo de anécdota en los términos siguientes:—"Cada paso del Gran Capitan don Gonzalo de Córdoba fué un asalto, y cada asalto una victoria: su sepulcro en el convento de los Jerónimos, de Granada, fué adornado de doscientas banderas conquistadas por él. Sus émulos, envidiosos, y en particular el Tesorero del reino de Nápoles en 1506, indujeron al Rey á pedir cuentas á Gonzalo del uso que había hecho de las grandes sumas recibidas de España para los gastos de la guerra en Italia; y, en efecto, el Rey fué tan mezquino que consintió y aún asistió al acto de la conferencia. Gonzalo acogió aquella pregunta con altísimo desprecio y se propuso dar una leccion severa al Tesorero y al Rey, acerca del modo de tratar y conside-

rar á un conquistador de reinos. Respondió con gran indiferencia y serenidad que tendría preparadas las cuentas para el día siguiente, y haría ver quién de los dos era el deudor, si él ó el erario; el cual reclamaba cuatrocientos mil ducados remitidos por la primera remesa; ochenta mil escudos por la segunda, tres millones por la tercera, once millones por la cuarta, trece por la quinta, y así seguía contando el grave, gangoso y tonto secretario que autorizaba un acto tan importante.

El gran Gonzalo cumplió su palabra; se presentó á la segunda audiencia, y sacando el voluminoso libro, en el cual había anotado su justificación, empezó á leer en voz alta y sonora las siguientes palabras:

”Doseientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales, á los frailes, á las monjas y á los pobres, á fin de que rogasen á Dios por el triunfo de las armas españolas.—Cien millones en picos, palas y azadones.—Cien mil ducados en pólvora y balas.—Diez mil ducados en guantes perfumados para preservar á los soldados del hedor de los cadáveres de los enemigos tendidos sobre el campo de batalla.—Ciento setenta mil ducados para componer campanas rotas del continuo repicar por nuevas victorias alcanzadas sobre los enemigos.—Cincuenta mil ducados en aguardiente para los soldados en un día de batalla.—Millon y medio de ducados para mantener prisioneros y heridos.—Un millon en misas en accion de gracias y *Te-Deum* al Omnipotente.—Trescientos millones en sufragios por los muertos.—Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro du-

cados en espías y....—Cien millones por la paciencia que he tenido ayer al oír que el Rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino.”

Estas son las célebres *Cuentas del Gran Capitan* y cuyos originales están en poder del conde de Altamira. Una de las cuentas originales, con la firma autógrafa del Gran Capitan existe en el Museo militar de Lóndres, donde con gran cuidado está guardada.”—Leído este documento volví á la fonda haciendo entre Gonzalo de Córdova y los generales españoles de nuestros tiempos, malignas comparaciones que altas razones de Estado, como se dice en las tragedias, me impide referir. En aquella fonda se veía cada día una novedad.

Había muchos estudiantes de la Universidad llegados, de Málaga y de otras ciudades de Andalucía para el exámen de la licenciatura á Granada, no sé si porque aquí fuesen de manga más ancha ó por otras razones. Comian todos en la mesa redonda. Una mañana en el almuerzo uno de ellos, jovencillo de poco más de veinte años, anunció que á las dos de la tarde debía examinarse de derecho canónico, y que no estando muy seguro del resultado, había decidido beber un baso de vino para refrescar el surtidor de la elocuencia.—No teniendo costumbre de beber más que vino aguado, cometió la imprudencia de vaciar de un solo trago un vaso de vino de Jerez.—La cara se le alteró al instante de tan extraña manera que si no hubiese visto el cambio con mis ojos, hubiera creído que no era la cara de antes.—”¡Ya basta!”—le gritaron los amigos. Pero el jóven que se sentía de

pronto fuerte, ardiente y temerario, lanzó á los compañeros una mirada compasiva y ordenó con actitud majestuosa al camarero que le echara otro vaso.—“¡Te embriagarás!”—le dijeron. Por toda respuesta tragó el segundo vaso! Entonces le dió una charla maravillosa. En la mesa había unas veinte personas; en pocos minutos entabló conversacion con todas é hizo mil revelaciones sobre su vida pasada y sobre sus proyectos para el porvenir. Dijo que era de Cádiz, que tenía ocho mil pesetas de renta al año y quería tomar la carrera diplomática porque con aquella renta, añadiéndole alguna casa que le había legado su tío, podía hacer una buena figura en cualquier parte; que había decidido casarse á los treinta años, con una mujer alta como él, porque segun su opinion, la mujer debía tener la misma estatura que el marido para evitar que uno tratase de *igualar* al otro haciéndole crecer la cabeza: que cuando era muchacho se había enamorado de la hija de un cónsul americano, bella como una flor y sosa como una piña, pero con una roseta encarnada detrás de una oreja que estaba muy mal, aun que ella la sabía cubrir bastante bien con la mantilla; y hacía ver con la servilleta de qué modo la cubría; que D. Amadeo era hombre demasiado ingénuo para poder llegar á gobernar á España; que entre el poeta Zorrilla y el poeta Espronceda, él había preferido siempre á Espronceda; que ceder Cuba á América del Norte era una bagatela; que del exámen de derecho canónico se reía, y que quería beber otros cuatro dedos de vino de Jerez que era el primer vino de Europa.

Bebió el tercer vaso á despecho de los buenos consejos y de la desaprobacion de los amigos, y después de haber charlado otro poco en medio de las risas del auditorio, de pronto calló, miró cara á cara á una señora que tenía en frente, bajó la cabeza y se durmió. Yo creí que por aquel día no se presentaría al exámen; pero me engañaba. Una hora después lo despertaron, fué arriba á lavarse la cara, corrió á la Universidad, aún soñoliento, sufrió el exámen y fué aprobado para mayor gloria del vino de Jerez y de la diplomacia española.—El día siguiente lo empleé en ver los monumentos, ó mejor dicho, las ruinas de los monumentos árabes, que además de la Alhambra y el Generalife atestiguan el antiguo esplendor de Granada.

Como fué el último baluarte del Islam, Granada es entre las ciudades de España la que conserva más numerosos recuerdos. Sobre la colina que se llama de *Dinadamar* (fuente de las lágrimas) se ven aun las ruinas de cuatro torres que se alzaban en los cuatro ángulos de una gran cisterna en la cual afluan de la Sierra las aguas de la fuente más alta de la ciudad. Allí había baños, jardines y alquerías de las cuales no queda ya rastro, y desde allí se abrazaba con una mirada la ciudad con sus minaretes, con sus terrados, con sus mezquitas blanqueadas en medio de las palmas y cipreses. Allí cerca se ve aún una puerta árabe, llamada puerta de Elvira, formada por un gran arco coronado de almenas. Más allá, ruinas de palacios de los Califas. Aquí, el paseo de la *Carrera*, una torre cuadrada con una gran sala adornada de las inscrip-

ciones árabes de costumbre. Cerca, el convento de Santo Domingo, restos de jardines y de palacios que estaban otras veces unidos á la Alhambra por medio de caminos subterráneos. Dentro de la ciudad la Alcaicería, mercado árabe casi intacto, formado de muchas callejas rectas y estrechas como corredores, flanqueadas de dos filas de tiendas unidas unas á otras, que presentan un extraño aspecto de bazar asiático. En fin, no se puede dar un paso en Granada, sin encontrar un arco, un arabesco, una columna, un monton de piedra que recuerda su fantástico pasado de sultana.

¡Cuántas vueltas y revueltas di por aquellas calles tortuosas en las horas más calurosas de la mañana, bajo un sol que me quemaba el cerebro sin encontrar alma viviente! También en Granada como en otras ciudades de Andalucía, la gente no vive más que por la noche; y por la noche se desquita de la prision del día, amontonándose y revolcándose sobre los paseos públicos con la priesa y la furia de una multitud, cuya mitad busca la otra mitad, para asuntos urgentes. El gentío mas apiñado se ve en la Alameda (la Carrera), y por esto pasé la noche con Góngora que me hablaba de los monumentos árabes, con un periodista que me hablaba de política, y con otro jovencillo que me hablaba de mujeres... con un placer infinito, porque aquel regocijo de escolares, hasta el tiempo y el sitio, me refrescaba el alma como produce en la hierba (para hacer una bella comparacion) aquella llovizna estival que cae apresuradamente como con temblorosa alegría.

Si tuviese que decir alguna cosa del pueblo de Granada, me encontraría apurado, porque no lo he visto. De día, por las calles, no encontraba á nadie; de noche, no se veía; no había teatros abiertos; cuando podía haber encontrado á alguien en la ciudad, correteaba por las salas ó por las alamedas de la Alhambra; y además tenía tanto que hacer, tanta cosa por ver, en el espacio de tiempo que me había fijado, que no me quedaba ni un momento para entablar conversacion, como hacía en las demás ciudades, en los cafés, con los habitantes que me encontraba. Pero, segun supe por aquellos que estaban en situacion de darme noticias seguras, el pueblo de Granada no goza de una excelente reputacion en España. Se dice que es maligno, violento, vengativo, peleador, lo cual no está desmentido por las crónicas de los periódicos de la ciudad; y no se dice, pero se sabe, que en Granada la instruccion popular está aun más atrasada que en Sevilla y que en otras ciudades españolas de ménos importancia, y que, en general, todas las cosas que no pueden ser hechas por el sol y por la tierra, que hacen sin embargo tanto, van muy mal, ó por indolencia ó por ignorancia ó por desorden. Granada no está unida por caminos de hierro á ninguna ciudad importante; vive sola, en medio de sus jardines, dentro del cerco de sus montañas, alegre con los frutos que la tierra le produce bajo la mano, meciéndose muellemente en la vanidad de su belleza y en el orgullo de su historia; ociosa, soñolienta, fantaseando y contentándose con responder con un bostezo á quien le reprueba su estado:—Yo he dado á

España el pintor Alonso Cano, el poeta Luis de Leon, el historiador Fernando del Castillo, el orador sagrado Luis de Granada, el ministro Martínez de la Rosa: he pagado mi deuda; dejadme en paz;—que es la respuesta que dan casi todas las ciudades meridionales de España, demasiado más bellas ¡ay de mí! que sábias y trabajadoras y demasiado más altivas que políticas. ¡Ah! Quien las ha visto no puede nunca cansarse de exclamar:—¡Desgraciadas!

—Ahora que ha visto todas las maravillas del arte árabe y de la vegetación tropical, le queda que ver, para que pueda decir que conoce á Granada, el barrio del Albaicín. Prepare el ánimo para un nuevo mundo, ponga la mano sobre el porta-monedas, y sígame.

Así me dijo Góngora la última noche de mi estancia en Granada. Estaba con nosotros un periodista republicano, llamado Melchor Almagro, director de *La Idea*, un jovenzuelo simpático y delicado que por acompañarnos sacrificó la comida y un artículo de fondo que andaba rumiando desde la mañana.

Nos pusimos en camino, llegamos hasta la plaza de la *Audiencia*. Allí Góngora me señaló una callejuela tortuosa que sube por una colina, y me dijo:—Aquí empieza el *Albaicín*;—y D. Melchor, tocando una casa con el baston, añadió:—Aquí empieza el territorio de la república.

Entramos en la callejuela, pasamos de aquella á otra, de ésta á una tercera, siempre subiendo, sin que yo viese nada de extraordinario, aún cuando miraba curiosamente por todos lados. Calles estrechas, casas

miserables, viejas adormecidas sobre los escalones de las puertas, madres que espulgan chiquillos, perros que bostezan, gallos que cantan, y chicos guifiaposos que corren y chillan, y otras cosas que se ven en todos los arrabales: en aquella calle no había nada más. Poco á poco, á medida que subíamos, el aspecto de las casas y de la gente iba cambiando: los techos más bajos, las ventanas más raras, las puertas más pequeñas, las habitaciones más andrajosas. En medio de cada calle corría un riachuelo dentro de un lecho tapiado al uso árabe; aquí y allí, sobre las puertas y alrededor de las ventanas, se veían restos moriscos y fragmentos de columnillas; en los ángulos de las plazas, fuentes y pozos del tiempo de la dominación de los moros. A cada centenar de pasos que se daba, parecía que se retrocedía cincuenta años hácia el tiempo de los Califas. Mis dos compañeros me tocaban á cada instante con el codo diciendo:—Mire aquel hombre.—Mire aquella muchacha.—Mire aquella vieja.—Y yo miraba y preguntaba:—¿Qué gente es esta? Si me hubiese encontrado allí de pronto, hubiera creído al ver aquellos hombres y aquellas mujeres que estaba en un pueblo de Africa; tanto las caras, los vestidos, el modo de moverse, de hablar, de mirar, á tan breve distancia del centro de Granada eran diferentes de aquellos de la gente que había visto hasta entonces. A cada vuelta, me paraba para mirar la cara á mis compañeros, y estos me decían.—Esto no es nada; aquí estamos en la parte elegante del Albaicín, este es el barrio *parisiense* del arrabal, vamos más allá. Fuimos, las calles parecían lechos de

torrentes, senderos cavados en las rocas, por todas partes alturas, fosos, hendiduras, piedras: algunas tan escabrosas que no se pueden subir en mulo, otras tan estrechas que un hombre pasa con trabajo, algunas llenas de mujeres y de chiquillos sentados en el suelo; otras llenas de hierba y desiertas y todas, de un aspecto triste, salvaje, extraño, del cual no podría dar ni aun remota idea el más mezquino de nuestros pueblos, porque aquella es una miseria que conserva la impresión de otra raza y los colores de otro continente. Girábamos por un laberinto de calles, pasando de tiempo en tiempo bajo un gran arco árabe ó por una alta plazoleta, desde la cual se abrazaba con una mirada el valle inmenso, los montes cubiertos de nieve y una parte de la ciudad, y llegamos al fin de una calle más pedregosa y más angosta de cuantas habíamos visto hasta entonces, en la cual nos paramos.

—Aquí—me dijo el joven arqueólogo,—empieza el verdadero Albaicín. ¡Mire Vd. aquella casa!—Miré; era una casa baja, ahumada, medio arruinada, con una puerta que parecía la ventana de una bodega, delante de la cual se veía moverse, bajo un monton de andrajos, un grupo, ó mejor dicho otro monton de viejas y de muchachos, que á nuestra llegada alzaron los ojos llenos de sueño, y con las descarnadas manos quitaron de encima del umbral de la puerta no sé qué inmundicias que impedían el paso.

—Entremos,—dijo mi amigo.

—¿Entrar?—pregunté.

Si me hubiesen dicho que del otro lado del muro estaba el verdadero *facsimile* de la Corte de los Mi-

lagros, que describe Victor Hugo, no hubiera dudado en creerlo. Ninguna puerta me había dicho más imperiosamente que aquella:—Aléjate.—No podría encontrarle mejor parangón que con la boca abierta de una gigantesca bruja que despidiese un aliento lleno de miasmas pestilentes. Pero tomé valor y entré.

¡Oh maravilla! Era el patio de una casa moruna, rodeado de columnillas graciosas, coronadas de arcos ligerísimos, con aquellas indescriptibles labores de la Alhambra, alrededor de las puertecillas y de las dobles ventanitas, con las vigas y los tabiques del piso bajo esculpidos y pintados; con los nichillos para los vasos de flores y los perfumadores, con el baño en medio, con todas las huellas y los recuerdos de la deliciosa vida de una familia opulenta! ¡Y en aquella casa habitaba aquella pobre gente!

Salimos, entramos en otras casas, y en todas encontré algunos fragmentos de arquitectura y de pintura árabe. Góngora me decía de tiempo en tiempo:—Aquí había un haren. Allí los baños de las mujeres. Allí arriba la habitacion de una favorita; y yo fijaba los ansiosos ojos sobre todos los pedazos de muro adornados con arabescos y sobre todas las columnillas de las ventanas, como para preguntarles la revelación de un secreto, un nombre, una palabra mágica, con la cual pudiese reconstruir en un instante el edificio arruinado y evocar las hermosas árabes que allí habían vivido. Pero ¡ay de mí! en medio de las columnas y bajo los arcos de las ventanillas no se veían sino andrajos y caras arrugadas!

Entre otras casas, entramos en una donde en-

contramos un grupo de muchachas que cosían á la sombra de un árbol del patio, vigiladas por una vieja. Trabajaban todas al rededor de un gran pedazo de paño á listas negras y grises; que me pareció un tapete ó una colcha. Me acerqué y pregunté á una de las costureras: "¿Qué es esto?" Alzaron todas la cabeza y con un movimiento acorde extendieron el paño de modo que pudiese ver bien su trabajo. Apenas le hube visto gritó: "Lo compro."

Se echaron todas á reír. Era un capote de monte andaluz, hecho para llevarlo á caballo, de la forma de un rectángulo, con una abertura en medio para dejar pasar la cabeza, bordado con lana de vivos colores á lo largo de los dos lados más cortos, y al rededor de la abertura. El dibujo del bordado representaba pájaros y flores fantásticas, verdes, azules, blancos, rosas y amarillas, todas amontonadas y toscas, como lo podría hacer un niño; la belleza del trabajo está en la verdaderamente maravillosa armonía de los colores. No sabría explicar la emoción que se produce la vista de aquella manta, sino diciendo que rie y que despierta la alegría; y que me parece imposible imaginar nada más alegre, más festivo, más infantil y graciosamente caprichoso. Es una cosa para mirarla cuando se tiene mal humor, y serenarse, ó cuando se quiere escribir una bella estrofa para el álbum de una señora, ó cuando se espera una persona que se quiere recibir con la más placentera de nuestras sonrisas.

—¿Cuándo estará concluido este bordado?—pregunte á una de las muchachas.

—*Hoy mismo*,—respondieron todas á coro.

—¿Y cuánto vale esta manta?

—*Cinco*...—balbuceó una.

La vieja la fulminó con una mirada que parecía decir:—¡Tonta!—y respondió apresuradamente: *Seis duros*. Seis duros son treinta liras; no me pareció mucho, y eché mano al porta monedas.

Góngora, lanzándome una mirada que quería decir:—¡Necio!—y deteniéndome por el brazo, dijo:—¡Un momento! ¡Seis duros es un disparate!

La vieja le echó otra mirada que quería decir: ¡bandido! y respondió:—No puedo darlo por ménos.

Góngora le echó otra mirada que quería decir: ¡embusteral! y dijo:—Vamos, lo puede dar en cuatro duros; á la gente del país no le lleva más.

La vieja insistió, y continuaron un rato cambiándose con los ojos los títulos de necio, impostor, hasta que la manta fué dada por cinco duros. Pagué, dejé mis señas, y salimos bendecidos y encomendados á Dios por la vieja, y seguidos un buen rato por los grandes ojos negros de las bordadoras. Y continuamos andando de calle en calle en medio de casas cada vez más pobres, de rostros cada vez más negros, de andrajos cada vez más sucios. Y no se llegaba nunca al final, y yo decía á mis compañeros:—Me hacen Vds. el favor de decirme si Granada tiene límite, y dónde lo tiene? ¿Se puede saber donde vamos y cómo haremos para volver á casa?—y mis compañeros reían y seguían adelante.—¿Es que queda que ver alguna cosa más rara?—pregunté en una ocasión.

—Más rara?—me respondió uno de los dos. Esta

segunda parte del barrio que Vd. ha visto, pertenece aun á la parte civilizada; es el barrio; si no *parisiense*, al ménos *madriileño* del Albaicin; y aún hay otro.

Recorrimos una larguísima calle, ocupada por mujeres medio vestidas que nos miraban como gente llovida de la luna; atravesamos una plazuela llena de chiquillos y cerdos amigablemente reunidos; pasamos por otras dos ó tres callejuelas unas veces subiendo, otras veces bajando, unas veces en medio de las casas, otras entre escombros, otras entre árboles, otras entre las rocas, y llegamos finalmente á un sitio solitario, sobre el flanco de una colina, de donde se veía en frente al Generalife, á la derecha la Alhambra, debajo un valle profundo, cubierto de espeso bosque. Empezaba á oscurecer; no se veía, no se oía una voz.

—¿Aquí acaba el barrio?—pregunté. Los dos compañeros se rieron y me dijeron:—Mire por aquel lado.

Me volví y vi á lo largo una calle que se perdía en el lejano bosque, en interminable fila de casas... ¿de casas? de cuevas abiertas en la tierra con un poco de muro delante, un agujero por ventana y boquetes por puertas, y plantas silvestres de todas clases por encima y por los lados; verdaderas cuevas de fieras, en las cuales, á la claridad de lucecillas apenas visibles, hormigueaban los gitanos á centenares; un pueblo zumbando en el interior del monte, más pobre, más negro, más salvaje de lo que había visto hasta entonces; otra ciudad, desconocida á la mayor parte de los granadinos; inaccesible á los agentes de la policía, cerrada á los empleados del censo, igno-

rante de toda ley y de todo gobierno, viviendo no se sabe cómo, numerosa no se sabe cuánto, extraña á la ciudad, á España, á la civilización moderna, con lenguaje y estatutos para ellos solos, supersticiosa, falsa, ladrona, vagabunda, feroz...—Abróchese Vd. el sobre-todo y cuidado con el reloj,—me dijo Góngora; y seguimos adelante.

No habíamos dado cien pasos, cuando un muchacho medio desnudo, negro como las paredes de un tugurio, se presentó, dió un grito y haciendo señas á otros muchachos para que lo siguieran, se lanzó hácia nosotros; detrás de los muchachos acudieron las mujeres; detrás de las mujeres los hombres, y despues viejas y viejos y otros chicos, y en ménos que se dice fuimos rodeados de inmensa muchedumbre. Mis dos amigos, reconocidos como granadinos, consiguieron ponerse en salvo; quedé yo solo entre el gentío. Me parece que veo aun aquellos hocicos, que oigo todavía aquellas voces, que siento encima aquellas manos. Gesticulando, gritando, diciendo mil cosas que yo no comprendía, tirándome de los faldones del gaban, de las mangas, se me echaban encima como rebaño de famélicos, sentía su aliento en la cara, me quitaban la respiración. Estaba la mayor parte medio desnudos, macilentos, con las camisas cayéndoseles en girones, con los cabellos enmarañados y llenos de polvo, de aspecto horrible. Me parecía que era D. Rodrigo en medio de la turba de los apestados, en aquel famoso sueño de la noche de Agosto.—¿Qué quiere esta gente?—me preguntaba; —¿Dónde me he dejado conducir? ¿Cómo me saldré

de aquí?—Experimentaba casi una sensación de miedo, y miraba alrededor con inquietud. Poco á poco empecé á comprender algo...—Yo tengo una llaga en la espalda,—me decía uno;—no puedo trabajar; déme algunos cuartos.—Yo tengo una pierna rota,—decía otro.—Yo tengo un brazo paralítico.—Yo he tenido una larga enfermedad.—*¡Un cuarto, señorito!*—*¡Un real, caballero!*—*¡Una peseta para todos!* Esta última voz fué acogida con un grito general de aprobacion.—*¡Una peseta para todos!*

Saqué con un poco de temblor el porta-monedas; todos se elevaron sobre las puntas de los piés; los más cercanos metieron la barba dentro; los de detrás pusieron la barba sobre las cabezas de los primeros y los más retirados alargaron los brazos.—*¡Un momento!*—grité;—*¿Quién es entre vosotros el que tiene más autoridad?* Todos á una voz, extendiendo el brazo hácia una sola persona, me respondieron:—*¡Estal*

Era una espantosa vieja, toda nariz y toda barba, con un gran tufo de cabellos blancos sobre la cabeza á modo de penacho, con una boca que parecía la de un buzon, con poco más de una camisa encima, negra, apergaminada, momificada; la cual se me acercó sonriendo y alargando las manos para coger las mías.

—*¿Qué quiere?*—pregunté, dando un paso atrás.

—*¡La ventural!*—gritaron todos.

—*Dígame, pues la ventura,*—respondí alargando la mano.

La vieja estrechó entre sus diez, no digo dedos, sino huesos informes, mi pobre mano, le puso encima su nariz aguda, levantó la cabeza, me miró fijamente,

dirigió el dedo hácia mí, y meneándose y parándose á cada frase, como si recitase una estrofa, me dijo con acento inspirado:

—Tú has nacido en un día señalado.—Y el día que morirás será un día señalado tambien.—Tú tienes un caudal asombroso.

Aquí refunfuñó no sé qué de amantes, de matrimonio, de felicidad, por lo que comprendí que suponía que yo estaba casado, y después añadió:

—El día que te casaste hubo en tu casa muchos dares y tomares.—Y otra se quedó llorando.—Y cuando tú la ves se te abren las alas del corazón.

Y siguió sobre este tema, diciendo que tenía amantes y amigos y tesoros y alegrías, que me esperaban todos los días del año, en todos los países del mundo. Mientras la vieja hablaba, todos callaban, como si creyesen que profetizaba la verdad. Concluyó finalmente la profecía con una fórmula de despedida, y terminó la fórmula abriendo los brazos y dando un salto en actitud de baile. Yo dí la peseta y el genio prorumpió en gritos, en aplausos, en cantos, haciéndome alrededor mil extraños gestos saltando, y saludándome á empujones y á golpes con las manos sobre la espalda como á un antiguo amigo, hasta que, á fuerza de contorsiones y de porrazos ora á uno, ora á otro, conseguí abrirme paso y reunirme con mis amigos. Pero un nuevo peligro nos amenazaba. La noticia de la llegada de un extranjero se había esparcido; la tribu estaba en movimiento: la ciudad de los gitanos estaba alarmada; de las casas cercanas, de las cuevas lejanas, de lo alto de la colina, del fondo del

valle, acudían muchachos, mujeres con niños en brazos, viejos con bastones, mutilados y enfermos fingidos, profetisas septuagenarias, que querían decir la ventura; un ejército de mendigos se nos venía encima por todas partes. Era de noche; no había que dudar: cogimos carrera como chicos de escuela á la vuelta de la ciudad.

Entonces estalló por la espalda un griterío del infierno y los más ágiles empezaron á perseguirnos. Gracias al cielo, despues de una breve carrera, nos encontramos en salvo, cansados, jadeantes, cubiertos de polvo; pero salvados.

—A todo trance—me dijo riendo don Melchor,—era preciso escapar; si no hubiéramos vuelto á casa sin camisa.

—Y tenga presente—añadió Góngora,—que no hemos visto más que la puerta del barrio de los gitanos, la parte civilizada; no se puede decir el París, ni el Madrid; pero al ménos la Granada del Albaicín; si hubiésemos ido más allá, ¡si Vd. hubiéramos visto lo que queda!...

—Pero, ¿cuántos millares hay de esta gente?—pregunté.

—No se sabe.

—¿De qué modo viven?

—No se comprende.

—¿Qué autoridad reconocen?

—Una sola: *los reyes*, cabezas de la familia ó de las casas; aquellos que tienen más dinero y más años. Esos no salen nunca de su barrio, no saben nada, viven á oscuras de todo aquello que sucede fuera de

la cerca de sus paredes. Las dinastías caen, los gobiernos se trasforman, los ejércitos se batien, y es un milagro si llega la noticia hasta sus oidos. Preguntadles si Isabel está aun sobre el trono ó no: no lo saben. Preguntadles quién es don Amadeo; no han oido siquiera el nombre. Nacen y mueren como los mosquitos, y viven como hace siglos, multiplicándose, sin salir de sus propios confines; ignorantes é ignorados, no viendo nada en toda la vida fuera del valle que se abre bajo sus piés y la Alhambra que se levanta sobre sus cabezas.

Volvimos á pasar por todas las calles recorridas ántes, ahora desiertas y oscuras, y me parecía que no acabábamos nunca; y subí y bajé, y vueltas, y girar y vuelta á girar; finalmente llegamos á la plaza de la *Audiencia*, en medio de la ciudad de Granada, en el mundo civilizado. A la vista de los cafés y de las tiendas iluminadas, experimenté un sentimiento de placer, como si hubiera vuelto á la vida de la ciudad despues de un año de estancia en una landa deshabitada... La noche del día siguiente partí para Valencia. Me acuerdo que pocos momentos antes de salir, debiendo pagar la cuenta de la fonda, le dije al dueño que en la nota había puesto una vela de más y le pregunté riendo:—¿Me la quita?—El dueño cogió la pluma y borrando veinte céntimos del total de la suma, respondió con voz que quería hacer conmovida:

—¡Diablol ¡Entre italianos!...

